

## CONFERENCIA VI

CABEZA.—VOLUNTAD, CORAZÓN

1. Las diferencias naturales que existen entre los hombres no son una prueba contra la unidad de la especie humana.—Había en el Arca ocho personas que pudieron salvarse. Era el momento de hacer averiguaciones sobre los hombres, cuando estaba el género humano reunido en un espacio tan corto. ¡Qué atractivos en aquel estudio para los psicólogos, cuando podían comparar los caracteres de los que vivían tan próximos!

Si reflexionamos sobre las diferencias existentes entre los Jafétidas, los Semitas y los Camitas, diferencias que se han repartido entre millares de pueblos y millones de individuos y que se manifestaron bien en los padres de esas tres razas, ¿podríamos imaginar mayores contrastes? ¿No nos sentiríamos tentados á creer en un origen enteramente distinto? Sin embargo, son hermanos, son hijos de un solo y mismo padre, de una sola y misma madre.

Encontraríamos ciertamente entre sus descendientes los tipos más variados, cuyo parecido nos llamaría más la atención que el de esos padres entre sí tan próximos parientes.

Entre los numerosos testimonios que nos ofrece la historia hay principalmente dos principios cuya consideración nos impondría la más grande circunspección, y la mayor cautela, al tratar de explicar las diferencias que existen en los hombres y entre las razas.

Explotar esas diferencias para negar la unidad de la especie humana, es muy fácil; pero toman muy á la ligera

el asunto los que con este medio desean minar la doctrina de la Revelación. Hay dos consideraciones á que no prestan atención. No se encuentran precisamente los más grandes contrastes entre los extraños, sino entre los parientes más próximos; y esos contrastes están con frecuencia señalados de la manera más precisa. Cuanto más pasa el tiempo, más se borran, y cuanto más se acerca uno al común origen, tanto más notables aparecen.

Según las luces que nos han transmitido los antiguos, estamos autorizados para creer que había estrecho parentesco de ingenio entre los Jonios y los Fenicios, <sup>(1)</sup> lo mismo que entre los Atenenses y los Egipcios, <sup>(2)</sup> lo mismo que entre los miembros más conspicuos de los Jafétidas y de los Camitas. Por el contrario, hallaban notable diferencia entre las razas griegas, unidas por los lazos de la sangre, por ejemplo, entre los Atenenses y los Lacedemonios, <sup>(3)</sup> y aun quizá mayores entre los Atenenses y los Beocios. <sup>(4)</sup> Insiste en este punto Tucídides: «No hay paz posible entre los Jonios y los Dorios; entre ellos es una cosa natural la guerra». <sup>(5)</sup> Más lejos aun va Herodoto, que está tentado de tomarlos por pueblos muy diversos, atendida la diferencia que existe entre sus caracteres. <sup>(6)</sup> Pero la misma aplicación puede hacerse á los pueblos más antiguos.

Más tarde, desaparecen estas diferencias hasta el punto de ser imperceptibles. No han pasado las cosas de otro modo entre los Alemanes. En un principio se componen de numerosas tribus, tan diferentes en su natural y en sus costumbres, tan hostiles los unos contra los otros, que es difícil decir si una pertenece á los Germanos y la otra á los Celtas. Gradualmente se van confundiendo las diferencias hasta desaparecer casi por completo.

(1) Herodoto, 5, 58, 2.

(2) Diodoro de Sicilia, 1, 28, 29.

(3) Tucídides, 1, 70; 8, 96, 5.

(4) Demóstenes, *De pace* (5), 15; *Corona* (18), 43.—Isócrates, *Permutat.*, (15), 248.—Plutarco, *Esu carnis*, 1, 6, 4.

(5) Tucídides, 6, 80, 3; 82, 2; 5, 9, 1.

(6) Herodoto, 1, 56, 2, 3.

Frecuentemente encontramos este fenómeno en los Judíos. La oposición de carácter entre los doce hermanos, cual la pinta su mismo padre al morir, <sup>(1)</sup> se perpetúa largo tiempo en las doce tribus, como lo vemos en la bendición de Moisés, <sup>(2)</sup> y en la historia escrita después de él. Hoy sería muy difícil presentar muchas pruebas ciertas. Tales hechos están muy lejos de dar la razón á los que quieren demostrar la imposibilidad del origen único de la especie humana, apoyados en las diferencias que existen en la humanidad. Podría muy bien torcerse el argumento, y sostener con la misma apariencia de verdad, que las más notables diferencias son signos de más próximo parentesco. Sería, sin embargo, una exageración. La verdad tiene su medio. Los contrastes que se hallan entre los hombres no son argumento contra la descendencia común y única; son, al contrario, prueba de la alteza de la raza humana.

Cuanto más elevada es una clase de seres, tantas más particularidades encierra; es ya ley que se encuentra en los reinos inferiores de la naturaleza, y que llama la atención de modo más general en la humanidad. En el mundo más elevado, en el mundo de los espíritus, no hay especies de individuos semejantes. Cada espíritu forma una especie. <sup>(3)</sup> En cuanto al hombre, posee solamente la aptitud de poder cambiar con su actividad y hacer desaparecer gran número de esas particularidades naturales. En su lugar puede tomar otras diferencias morales que le distinguen tanto como las diferencias exteriores entre los que le tocan más de cerca por la sangre y por el nacimiento.

**2. Las tendencias exclusivas del carácter humano y libre.**—Si existen profundas diferencias entre las costumbres de los Vascos y las de los Españoles, se las puede explicar por causas puramente exteriores, por la diversidad de descendencia; pero nos dice la historia que los

(1) Génesis, XLIX.

(2) Deuteronomio, XXXIII.

(3) Sto. Tomás, I, q. 50, a. 4, *C. Gent.*, 2, 93.

Vándalos y los Borgoñones no formaban sino un solo y mismo pueblo. <sup>(1)</sup> Mientras los últimos conservaban sus antiguas costumbres y con ellas sus virtudes heroicas, á las cuales ha elevado imperecedero monumento el poema de los Nibelungen, permitieron aquellos que se enervase poco á poco aquella primera energía que supieron conservar por algún tiempo. <sup>(2)</sup> Concluyeron por hacerse tan afeminados, que desaparecieron en la miseria y en la vergüenza. <sup>(3)</sup> No preparó á aquellos pueblos para tan opuesta fortuna la diversidad de disposiciones, sino el género de vida completamente diferente; cambió de tal manera este último la semejanza de condiciones de origen, que nadie cree hoy que trata con tribus hermanas.

Tal es, sumariamente, el camino de la humanidad. Cuando salen las almas de las manos de Dios, su Creador, todas tienen los mismos dones y poseen las mismas facultades; las grandes diferencias que en ellas se notan, las produce el uso que hacen de esos dones y de esas facultades. Éste ha despreciado y ha dejado perecer esos dones de Dios, aquél los ha cultivado con tal exclusivismo, que han venido á parar en portentos monstruosos. Sólo ha habido algunos, muy pocos, que los han desarrollado igualmente y sin haber faltado ni á unos ni á otros. Por eso, los hombres de tendencias exclusivistas, los hombres á medias, forman la regla general, regla bien deplorable, mientras que la excepción la forman los hombres completos. Si fuéramos hombres completos, ninguna dificultad habría en creer en la unidad de la especie humana, obteniendo en este punto el consentimiento de todos los hombres.

Se cuentan y se pintan pronto los hombres completos; pero, ¿quién es capaz de contar y de pintar los hombres á medias y los hombres á tercias? ¿Qué exposición tan curiosa podríamos hacer, si quisiéramos coleccionar

(1) Plinico, *Hist. nat.*, 4, 28 (14),

(2) Salviani, *De gubernat.*, 7, 20 y sig.

(3) Malchi Philadelph., *Fragm.* 13 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 121.

los tipos de éxclusivismo que sola la cabeza produce entre ellos! Tendríamos hombres sin cabeza, cabezas al revés, cabezas de fuego, cabezas frías como el hielo, cabezas desconcertadas, cabezas confusas, cabezas de hierro. Aquí hay uno que ha perdido la cabeza; allí hay otro que la tiene prestada; la cabeza de aquél es una especie de ariete que abre una pared; la de éste ha sido fabricada por una araña.

A juzgar por las apariencias, parece que los hombres son menos felices en hacer caricaturas con la voluntad que con la cabeza. Estamos tentados á creer que toda nuestra habilidad respecto de la voluntad se limita á ponerla en un rincón como mercancía superflua. Porque, exceptuados los que carecen de voluntad, y, aun en caso necesario, los revoltosos, apenas si hay uno que permita que le digan que tiene que ver algo con esa facultad y con el libre albedrío.

Sería necesario contar también con aquellos á quienes la sociedad acostumbra decir: «¿Fulano?... ¡Oh, si supieras qué cabeza! Zutana no puede ya ser más caprichosa».

En cuanto al corazón, la humanidad está peor que de la cabeza! No abundan los corazones grandes, ardientes, elevados, bien puestos; pero es incalculable el número de corazones enfermos, dolientes, desgarrados, destrozados, duros, fríos y estrechos. Por todas partes se oye esta misma queja. Apenas si se halla uno que abra su corazón; y sin embargo, diariamente se deja sentir esta necesidad, ya sea que llegue á punzarle un aguijón, ya que sobre él se dejen caer acontecimientos que lo desgarran y destrozan.

Esto es ya una prueba de que no era necesaria la diversidad de lenguas para la dispersión de los hombres; no hay que admirarse si todavía no se comprenden hoy; á veces son del mismo parecer en algo, y sin embargo, se oponen, como si quisieran exterminarse.

En la condición actual de la humanidad, la diversidad de lenguas era de necesidad psicológica que se continúa y se renueva constantemente. Se trata de formar un juicio: aquél

se pone los anteojos, y lo ve todo del color de los vidrios; éste es víctima de tal ó cual manía, monta su caballito y derriba al que á su paso no jura que su corcel es el animal más noble que jamás ha montado héroe alguno. Cada uno se aferra á su manía con todas sus fuerzas; no ve que por ella no atribuye valor sino á sí mismo, aun cuando tenga la misma su adversario, si bien disfrazada con otro nombre. El francés no conoce sino el corazón; todo lo que sabe, lo sabe por el corazón; hace la guerra con el corazón, se divierte con el corazón, baila con el corazón; aunque no pague por su amigo más que un vaso de cerveza, lo hace así, porque lo ofrece su corazón; si pierde la cabeza, ya puede apostarse á que la herida le vino del corazón. Por eso su polo opuesto, el berlinés, lo considera como verdadero loco, incapaz de cosas serias, porque en todo cuenta siempre lo primero con el corazón. El habitante de las riberas del Spree, es también incapaz de formarse idea del corazón, y con dificultad tendrá alguna que le haga estimar á los habitantes del Imperio Central. Necesita primero comprender si una cosa puede producirle utilidades; más aún, es necesario que la toque con el dedo, que la examine con su inteligencia, no sólo hasta en sus más escondidos repliegues, sino que llegue á penetrar en ella con la punta más fina de su ingenio, para probarnos que en derredor de esa punta gravitan todos los que quieren ser sabios, todos los que quieren ser superiores á los demás, aunque no sea más que en la longitud de la nariz. Para él no es el entusiasmo otra cosa que una locura benigna; sólo la crítica y el razonamiento son dignos del espíritu humano.

Tales son los dos tipos bien caracterizados que aparecen uno en frente de otro, semejantes al fuego y al agua.

Pero no son los únicos; hay un tercero que forma un contraste no menos notable: es el musulmán, y con especialidad el turco, que ni retira la mano del fuego, ni permite que se muevan sus pestañas, si no debe hacerlo. ¿Le parece que escucha la voz del deber? Se abre camino con la cabeza á través de una muralla de acero; no necesita

la reflexión; no conoce la persuasión; desprecia el entusiasmo. Quiere, porque es necesario; eso le basta. Con la voluntad capaz de hacer pedazos el hierro, se adelanta, pasando por dificultades invencibles; ó cederá el obstáculo, ó caerá él, no importa.

**3. Al hombre completo pertenecen la inteligencia, la voluntad y el corazón.**—Á nadie se oculta que hay algo de bueno en todas estas tendencias del espíritu; pero tampoco negará nadie que, impresas como están, encierran un deplorable exclusivismo, una triste insuficiencia. «Una mitad de hombre, ó para hablar mejor, una tercera parte de hombre, como decía el viejo Gørrres, es un sabio fabricado así; todo lo que recibe se desarrolla en la cabeza; nada llega hasta la voluntad, menos aún hasta el corazón». Esos pedantes estériles, de la cátedra ó del escritorio, que no manifiestan interés por la humanidad, sino en sus muy pulidos párrafos, son hombres sin corazón, y, por consiguiente, son mitades de hombres. Mitades de hombres son también esos amos, por no decir esos tiranos, esos déspotas mujeriles que con tanta facilidad se forman en el estrecho círculo del dominio doméstico. Inaccesibles á todo principio razonable y equitativo, porque no tienen ni razón ni sentimiento, su primera y su última palabra es: «lo quiero, lo mando, es mi voluntad, y basta». Mitades de hombres son también esas naturalezas sentimentales, formadas de azúcar y de lágrimas, y que al más ligero movimiento del corazón, tienen miedo y se deshacen en melosa dulzura. ¿Hay un momento en ellos en que no rebosa de emoción y de entusiasmo el corazón? ¿Si fueran capaces siquiera de un acto de reflexión sosegada y sensata! ¿Si pudieran tener una decisión de la voluntad clara y firme á la vez!

Á la vista de esas tendencias exclusivistas, fácil es probar lo que falta á cada uno de esos caracteres, y conocer dónde está la falta que les impide llegar á ser hombres completos. No vemos mal alguno en que un hombre inteligente deje á su inteligencia que se abra paso siempre y

por todas partes. En nuestra opinión, sería un bien para él obrar de esta manera. ¡Ojalá siguieran todos la misma conducta en materia semejante! Pero el medio de desfigurar la inteligencia es dejarla obrar aislada sin admitir actividad alguna fuera de ella. ¡Manifestara siquiera un poco de corazón! ¡Si pudiera comprender que puede ser medianamente útil al mundo, cuando con facilidad conoce las cosas, suponiendo que nada quiere hacer para hacerse mejor, y para hacer mejores á los demás!

Todavía se estima la fuerza de voluntad inquebrantable; pero nadie le manifiesta simpatías, si se presenta brusca é insensible, nadie la da por buena, si no se doblega ante la razón, ni ante los principios de la moderación y de la misericordia.

En fin, por lo que respecta al hombre de sentimiento, es cierto que las buenas prendas del corazón son las cualidades que más contribuyen á hacérnosle amable; sin embargo, nos parece ridículo é insoportable en grado superlativo, si no quiere dejarse conducir por la razón, ni concentrar sus facultades para presentar un exterior enérgico.

En resumen, es buena la inteligencia, si va acompañada de la voluntad y del corazón; nada tenemos que decir contra la voluntad, si sigue á la inteligencia y permite que le acompañe un poco el corazón; y poseería éste amabilidad completa, si permitiese que le guiase la inteligencia y le dominase la voluntad. Nada tenemos que objetar, si el hombre inteligente tiene corazón, si permite la energía de la voluntad que hablen el corazón y la inteligencia. Preferimos para nuestro trato al hombre de sentimiento que obra racionalmente, y que sabe servirse de la voluntad cuando la voluntad es necesaria.

Deseamos, pues, hallar, en el hombre, perfecto acuerdo entre la cabeza, la voluntad y el corazón. Dejamos á todos en libertad de dar la preeminencia á una ú otra facultad del espíritu, según sus disposiciones é inclinaciones, esperando, no obstante, que darán á las otras el lugar que

les corresponde; sólo donde en conjunto y con armonía obran las tres facultades, podemos esperar vida humana completa, verdaderamente sana, con cuya proximidad nos encontramos á gusto y como en nuestra casa.

Tales son los principios según los cuales podemos formarnos exacta y verdadera idea del estado de la naturaleza humana y darnos cuenta del deber que á todos nos incumbe, que no es otro que la dirección de nuestros esfuerzos en sentido de nuestro perfeccionamiento moral.

4. **La voluntad representa el primer papel.**—Pero la fuente de todo bien y de todo mal, lo que constituye la imputabilidad y la responsabilidad, es la voluntad; sin voluntad no hay acto humano posible. <sup>(1)</sup> Puede suceder que, como consecuencia de hábitos puramente exteriores y mecánicos, en un estado en que no cabe la imputabilidad, como en la locura, en el sueño, en la embriaguez, ó en un momento de distracción completa, ejecute el hombre actos que no procedan de la voluntad, y á los cuales no presta atención alguna; mas esos actos son de los que tienen lugar en el hombre, sin que los ejecute el hombre que quiere conscientemente. <sup>(2)</sup> Quizá pueda pedirle cuenta el jurisconsulto que se sienta en el tribunal para juzgar solamente los actos exteriores y que ve que se le escapa todo el dominio de lo interior; pero el teólogo, el confesor y, sobre todo, Dios, que examina los actos exteriores desde el punto de vista de su valor íntimo, no juzgarán como imputables, sino los actos cuyo valor humano y moral sea positivamente reconocido: y sólo son considerados tales los actos que proceden de la voluntad libre y consciente. <sup>(3)</sup>

Tal es el principio que encontramos en el primer capítulo de la moral cristiana; por él se miden los juicios concernientes al valor ó al no valor de la moralidad: es tan innegable y de tan fácil comprensión, que huelga entera-

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 6, a. 1.

(2) *Id.*, 1, 2, q. 1, a. 1. *Actus hominis.*

(3) *Id.*, l. c. *Actus humanus vel moralis.*

mente todo comentario á este propósito. Así parece que lo reconocieron los antiguos teólogos, pues se contentaron con sentarlo, y pasaron por él como por la cosa más natural del mundo. Si hubieran previsto que había de llegar un día en que se había de acusar al Cristianismo de enseñar prácticas puramente exteriores, y de profundizar muy poco en la verdadera moralidad interior, quizá hubieran descendido á más pormenores en un punto para ellos el más importante de toda la moral.

Sin embargo, es natural no detenerse mucho en defender una causa cuya evidencia salta á la vista, cualesquiera que sean los ataques que se le dirijan. Lo que quizá valga mucho más y sea más necesario, es decirnos á nosotros mismos en conciencia, y decir también á los que encuentran nuestra doctrina demasiado exterior y demasiado superficial, que no puede desconocerse toda la seriedad de esa verdad en la vida privada. Así como informa el alma al cuerpo que vivifica, y le imprime sus rasgos característicos, así la acción exterior no es otra cosa que la expresión de la voluntad libre; le da ésta su cuerpo, le comunica su espíritu. Sin alma, es muerto el cuerpo: sin la voluntad libre, la mejor acción no tiene valor alguno ante Dios y ante la conciencia; lo que le da eficacia y valor es únicamente la intención interior de que procede.

Por eso puede tener gran mérito ante Dios aquel cuya intención fué buena, aunque haya tenido mal éxito ó no se haya podido realizar la acción exterior, sin culpabilidad de su parte; mientras que habrá podido ejecutar otra acción aparentemente buena, y habrá cometido pecado, porque no tuvo voluntad de ejecutarla como buena ó porque fué mala su voluntad.

Cuando, según propias expresiones para sí poco lisonjeras, no aprovechó Goethe muchas ocasiones seductoras que se le ofrecían para ser director de teatro, y sólo porque prefería su posición á una fortuna eventual, <sup>(1)</sup> no se necesita ser jansenista para ver en aquella acción todo menos un

(1) Goeth's, *Gespräche mit Eckermann*, (3) III, 49.